

Una chica extraña

Aria Montgomery



Capítulo 1

Los primeros rayos de luz me despertaron. La verdad es que estaba menos cansada de lo normal y con más ganas de empezar el día.

No soy una chica normal. Lo sé. Tengo pensamientos extraños, me puedo considerar antisocial y vivo con un turbio pasado que me atormenta.

Mi único amigo es mi perro negro, Rocky. Lo acogí de una perrera después de que su amo maltratador lo abandonara. Al primer instante me vi reflejada en él. Los dos fuimos abandonados y de diferente modo nos maltrataron pero al final con la misma finalidad, dolor.

Vivo en una casa de acogida, dónde somos 10 niñas. No me llevo bien con ninguna, ni tampoco mal. Básicamente soy como un fantasma en esta casa, consumida por mis pensamientos.

Mis pasatiempos favoritos son, leer y pensar. Pensar, sí, sé que no es común este pasatiempo pero yo tampoco soy común así que supongo que congeniamos bien.

Capítulo 2

Una ráfaga helada de aire me despertó en medio de la negra noche, notando la frágil presencia de un espíritu.

Abrí los ojos rápidamente e intenté observar sin mucho éxito mis compañeras.

Todas estaban sumergidas en un profundo sueño, se les notaba feliz y sin presiones. Así que intente ignorar lo ocurrido y volví a cerrar los ojos.

Pero no obtuve ningún resultado, así que preferí dar una vuelta, haber si me despejaba un poco y me volvía a raptar el sueño.

Mi perro Rocky también se despertó pero sin ninguna intención de acompañarme entonces decidí ir yo sola. Cogí mi chaqueta y salí por la ventana, no era fácil pero ya estaba acostumbrada.

Capítulo 3

Solo con el frío contacto del suelo la piel se me endureció. Sabía que por escaparme tendría una semana de castigo, pero en ese instante era en lo que menos pensaba.

Seguía una voz, no una cualquiera, la voz más cálida y tierna que había escuchado, la de mi madre.

Los psicólogos me recordaban a diario que estaba muerta, no la causa pero si la afirmación. Yo solo asentía contradiciendo a mis pensamientos. Ella vivía, la sentía y la oía constantemente.

Poco a poco escuchaba más su voz que me incitaba a tirarme al vacío. Yo le intentaba explicar sin éxito que era muy joven. Pero no escuchaba, cada vez era más insistente. Era como estar en un sueño, no una pesadilla, sino un bonito sueño de tener otra vida.

Un mundo nuevo a recorrer, lejos de este. De los médicos, de la invisibilidad y de sentirme sin ganas de más. No llegaba a entender porque nadie me comprendía. No era tan difícil, pero la gente se limitaba a pensar que estaba loca en vez de escuchar por completo mis débiles palabras. Y lo único que me quedaba era esperar a que llegará la noche para obedecer a mi madre.

Así lo hice, me subí y me dejé llevar.